

# Crisis de globalización, crisis de hegemonía: un escenario de cambio estructural para América Latina y el Caribe

---

*José Antonio Sanahuja*

América Latina, tras dejar atrás la crisis económica global y el ciclo favorable de las materias primas, parece descubrir que con el cambio de siglo se ha imbricado mucho más profundamente en la globalización. Ello ha supuesto oportunidades, como atestigua el fuerte crecimiento económico y el progreso social que se logró gracias a la bonanza de las *commodities*, que sostuvo políticas propias favorables al crecimiento y cierto grado de redistribución; la reducción de la pobreza y la ampliación de las clases medias, y una mayor presencia internacional a través de estrategias regionalistas y políticas exteriores más asertivas (Serbin, 2014; Sanahuja, 2016). Pero una América Latina más globalizada también comporta nuevos riesgos: el más inmediato es la mayor vulnerabilidad estructural que supone la finalización de esa bonanza, que responde tanto a factores cíclicos como estructurales: en particular, la paulatina reorientación de la economía china hacia un modelo de crecimiento menos dependiente de las exportaciones, y el nuevo patrón de organización de la economía global centrado en la digitalización y la automatización. Estos hechos, a su vez, señalan los límites de un modelo de inserción internacional aún muy dependiente de las materias primas, por mucho que se haya reorientado hacia los mercados asiáticos. En ese sentido, el fin del ciclo de las materias primas podría ser interpretado como una fase tardía de la crisis económica que se inició en 2008 y de la crisis o tensiones a las que la globalización se ve sometida.

Menos inmediato, pero también preocupante, es el riesgo de un escenario más restrictivo para la financiación externa, conforme los países avanzados avancen hacia la normalización de sus políticas monetarias y termine la etapa de bajos tipos de interés con la que se respondió a la crisis global (Abeles y Valdecantos, 2016). Finalmente, la (re)sincronización de las economías de los países de la región con el ciclo global puede frenar o revertir los avances sociales de la etapa anterior. Ello empujaría de nuevo a la pobreza a los estratos no pobres

pero vulnerables, y ser un obstáculo para materializar las crecientes expectativas de bienestar y ascenso social de las nuevas clases medias, lo que a su vez tendría importantes consecuencias políticas.

En ese escenario más adverso, la región experimenta un cambio de ciclo político, aunque en dirección distinta a la que se observa en los países avanzados, lo que lleva a un claro desajuste en las respectivas visiones y estrategias hacia la globalización. En América Latina retornan los gobiernos liberal-conservadores, con posiciones favorables a la apertura y estrategias de integración regional y de inserción internacional marcadamente globalistas, y los gobiernos de izquierda que aún perduran - con la excepción de una Venezuela al borde del colapso - parecen adoptar posiciones más liberales (Nolte, 2017). Sin embargo, en ese intento de “volver al mundo”, éste se muestra más cerrado e incierto. En muchos casos, los países avanzados inician un ciclo político menos favorable a la globalización y la apertura. En Estados Unidos, la victoria de Donald Trump es resultado del fuerte ascenso de la extrema derecha y el nacionalismo extremo. Es el primer presidente de ese país que desde los años treinta cuestiona abiertamente el internacionalismo liberal a través de una agresiva política de revisión del multilateralismo vigente, y en particular de las normas comerciales en las que se sustenta la globalización, y de las instituciones y reglas en las que se ha basado el vínculo noratlántico, económico y de seguridad. Por su parte, la UE, aún convaleciente de la crisis del euro, se ha enfrentado a otras dos crisis existenciales en rápida sucesión: la generada por la desastrosa gestión de los flujos de refugiados, y la que ha provocado el *Brexit*. Aunque el discurso de la UE y de líderes como Juncker, Macron o Merkel frente a Trump apele a la defensa de la globalización y el orden liberal, el ascenso de la extrema derecha expresa movimientos de fondo en sus sociedades. En algunos casos, llevan al poder a nuevos líderes y partidos abiertamente nacionalistas, euroescépticos, xenófobos y reaccionarios, y allí donde no logran llegar al poder, obligan a los líderes moderados y los partidos tradicionales de centro a adoptar posiciones más nacionalistas, cautelosas y defensivas ante la globalización. Tanto en Estados Unidos como en la UE estas dinámicas reflejan una crisis de legitimidad y liderazgo de los partidos tradicionales y de la posición dominante de las elites, que a través de esos gobiernos han sostenido el liderazgo político y económico de Occidente y su compromiso con el internacionalismo liberal. Aunque con distintos acentos y mediaciones nacionales, estos nuevos nacionalismos también aparecen en otros países: Rusia, Turquía, Filipinas... En Asia, es el caso de Filipinas o la India, y el distanciamiento entre Japón y China y el mayor riesgo geopolítico que se observa en esa región también se ve impulsado por

un marcado nacionalismo y por políticas exteriores más asertivas y potencialmente conflictivas.

Ese viraje político afecta de manera directa al multilateralismo y a las instituciones del orden global, hasta el punto de que algunos países emergentes, que antes planteaban una impugnación revisionista del mismo, ahora aparecen como sus defensores y como parte de las coaliciones emergentes para defender la globalización frente al rampante nacionalismo de Trump y otros actores (De Coning, 2017). El estancamiento de las negociaciones de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y las posteriores negociaciones “megarregionales” del Acuerdo Transpacífico (TPP) y del Acuerdo de Comercio e Inversión Transatlántico (TTIP) ya planteaban riesgos críticos al conjunto de América Latina y el Caribe en cuanto a normas más exigentes y desviación de comercio y de inversión, al margen de su alineamiento liberal o neodesarrollista, o “pacífico” o “atlántico” (Sanahuja, 2016). El descarrilamiento de estos acuerdos a partir de 2016, con el ascenso de fuerzas de extrema derecha reticentes al libre comercio en las economías avanzadas, no supone sin embargo un escenario más favorable. Plantea riesgos de mayor proteccionismo y nacionalismo económico, en particular para los países de América Latina más abiertos a la globalización a través de acuerdos de libre comercio con Estados Unidos y la UE.

Lo que se argumenta en este capítulo es que estas dinámicas no deben ser vistas como fenómenos coyunturales, ni pueden ser explicadas principalmente en términos de agencia aludiendo a la irrupción en la escena internacional de nuevos actores políticos “iliberales”, poco o nada comprometidos con las normas del internacionalismo liberal. Son, por el contrario, expresión de una amplia crisis de la globalización, entendida esta como modelo hegemónico (Sanahuja, 2017). Esa crisis de hegemonía tiene dimensiones múltiples, y daría fin a la etapa de la postguerra fría, dominada por el avance de la democracia y el internacionalismo liberal y por la globalización económica.

Por una parte, con la “guerra global contra el terror” desencadenada tras el 11-S quedó atrás el confiado optimismo democrático de la posguerra fría y del “fin de la historia”, al poner en cuestión sus fundamentos liberales y pluralistas: en el plano internacional, al tratar de relegar las reglas multilaterales y el pluralismo inherente al sistema de Naciones Unidas con un proyecto hegemónico “iliberal” intervencionista, jerárquico y coercitivo; y en el plano doméstico, con un claro retroceso de los derechos y libertades democráticas en

nombre de la seguridad y el antiterrorismo. Se trataría, en suma, de la normalización de un nada liberal “estado de emergencia” que se expresaría tanto en el plano interno e internacional como nueva forma de gubernamentalidad (Jayasuriya, 2010: 82). A esa tendencia, que se mantiene, se suma la crisis económica iniciada en 2008, que cerraría el ciclo de la globalización económica, al menos en su forma actual. Esa crisis puso de relieve, en primer lugar, las severas fallas de gobernanza de una globalización fiada a su supuesta capacidad de autorregulación. Por otro lado, la globalización impulsó un visible progreso económico y social y el ascenso geopolítico de los países emergentes, con grandes avances en la reducción de la pobreza y una notable expansión de sus clases medias. Sin embargo, aunque parezca contradictorio, la globalización también empeoró la distribución de la riqueza a escala global, en particular en los países avanzados, en los que se observan crecientes fracturas sociales y un visible deterioro del contrato social vigente desde el periodo posterior a la segunda guerra mundial, poniendo de relieve los límites de su promesa de inclusión social a través del mercado.

La crisis de la globalización y del orden liberal, en tanto crisis de hegemonía, puede abrir un periodo más incierto e impredecible, en el que no pueden darse por sentadas las certezas de la etapa anterior, sea el rápido crecimiento de China y de otros países emergentes, el anclaje de la globalización y el internacionalismo liberal en la hegemonía estadounidense, el atlantismo como pivote de la seguridad occidental, la continuidad de la UE, la solidez de la democracia liberal, de los partidos y las élites dirigentes del mundo occidental, o el protagonismo de las multinacionales articulando las cadenas productivas globales. Este cambio estructural, en suma, supone retos inéditos para la política exterior y de desarrollo, con nuevos riesgos y oportunidades que exigen reajustes y reacomodos para todos los actores.

### **Crisis de globalización como crisis de hegemonía: la erosión del multilateralismo**

Examinar un cambio de ciclo histórico demanda una perspectiva analítica afincada en la sociología histórica. Por un lado, esta ha de ser capaz de aprehender los procesos de cambio estructural con una mirada de *longue durée*, en palabras del historiador Fernando Braudel; y, por otro lado, cómo esos cambios en la estructura del sistema internacional suponen constricciones o posibilidades para los actores

sociales - en particular, los Estados - y su agencia. En esta perspectiva, las preguntas se dirigen a la naturaleza hegemónica o no hegemónica de los órdenes mundiales, las formas de Estado que engendran, y los límites y posibilidades del cambio<sup>1</sup>.

Desde esa perspectiva, cabe observar que el sistema internacional está atravesando una etapa de rápido cambio estructural hacia formas no hegemónicas, que se presenta como una crisis de la globalización en la forma que ésta ha adoptado desde finales del siglo XX. En esa crisis se entrecruzan: a) los procesos de cambio de poder generados por la propia globalización; b) el agotamiento de un ciclo económico basado en la transnacionalización productiva; c) los límites sociales y ecológicos del modelo; y d) sus fallas de gobernanza, tanto en el ámbito nacional como en el plano global.

En términos presentes, y de cara al futuro, todo lo anterior conduciría a un escenario de cambio de época, y por ello, de mayor incertidumbre, riesgos e inestabilidad. Se anunciaría una etapa de “posglobalización” o una nueva fase en la globalización, caracterizada, por una parte, por tendencias de fragmentación y reorganización de los mercados y las cadenas productivas globales propias de la etapa anterior de globalización, y al tiempo, de mayor integración de la economía digital. Todo ello, en un escenario geopolítico más complejo, competitivo y fluido, y mecanismos de gobernanza regional y global más fragmentados y con menor capacidad de articular la acción colectiva para dar respuesta a los retos globales, en una suerte de “balcanización” de las reglas del juego y la gobernanza global (Bhattacharya *et al.*, 2016).

### *Cambio de poder y erosión del multilateralismo y el orden liberal*

Con relación al cambio de poder, la crisis de la globalización supone un desplazamiento y difusión del mismo a países emergentes y actores no estatales, dando lugar tanto a un sistema en apariencia multipolar, como a una globalización sin adecuada gobernanza multilateral. Esa multipolaridad supone una contestación tanto la posición dominante de Estados Unidos, como del multilateralismo en el que se sustenta el orden liberal, que así se ve aquejado por crecientes problemas de

---

<sup>1</sup> Este método entiende la hegemonía como una relación congruente de capacidades materiales, instituciones e ideas. Cuando las fuerzas sociales alteran alguno de esos elementos, de forma que dejan de ser coherentes entre sí, se produciría un cambio hacia una estructura no hegemónica (Cox, 1981; Gill, 1995). Para una explicación más amplia ver (Sanahuja, 2015).

representatividad, legitimidad y eficacia, al no dar un papel adecuado a las potencias emergentes<sup>2</sup>.

El sistema multilateral, heredado del periodo de posguerra, aún responde a una visión tradicional de la soberanía que dificulta la acción colectiva frente a problemas transnacionales y riesgos globales. Supone instituciones de naturaleza subsidiaria y diseño intergubernamental, sin las competencias ni los recursos necesarios para la coordinación eficaz de las políticas nacionales y asegurar la adecuada provisión de bienes públicos regionales y globales. Es también un “multilateralismo hegemónico” con reglas e instituciones que aún reflejan las pautas de distribución del poder de posguerra. No se adaptaron a las nuevas realidades de la descolonización, y menos aún al ascenso de los países emergentes, que, conforme ganan peso internacional, reclaman reformas para asegurar una mayor representatividad y legitimidad de las mismas.

En ese contexto, algunos países emergentes se ven a sí mismos como nuevas potencias, empiezan a cuestionar el tradicional “multilateralismo hegemónico” y a partir de nuevas narrativas sobre un orden internacional supuestamente multipolar, han planteado un “multilateralismo revisionista” que supone cambios en las normas y pautas de distribución del poder en las instituciones internacionales (Sanahuja, 2013).

El bloqueo de las negociaciones de la OMC tras la fracasada conferencia ministerial de Cancún (México) en 2003, donde los emergentes rechazaron un acuerdo muy desequilibrado, revelaría que estos ya se habrían convertido en *veto players* en ese y otros organismos multilaterales. En paralelo, algunos países emergentes estarían definiendo sus propios “G” o mecanismos informales de coordinación, como el G22/G20 de la OMC, el grupo IBSA (India, Brasil y Sudáfrica), o las Cumbres de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). La desaparición del G7 como instancia de coordinación macroeconómica mundial, y la creación del G20 en 1999, que toma mayor protagonismo a partir del 2010, incorporando a los países emergentes a la mesa, propició un (tardío) reconocimiento de ese nuevo estatus de actores y *rule-makers* globales.

Pero el recurso a grupos “G”, en vez de contribuir a un “nuevo multilateralismo” universalista, más legítimo y eficaz, contribuye a la creciente fragmentación del sistema multilateral, sin resolver sus problemas de efectividad y legitimidad. En particular, aparecen nuevos arreglos

---

<sup>2</sup> Utilizamos aquí el concepto “contestación” en el sentido de Wiener, 2014 y 2017.

monetarios y financieros regionales ante las carencias del sistema de Bretton Woods y los frenos a la reforma establecidos por los países avanzados. En 2011 este grupo acordó crear otras instituciones - sin por ello abandonar el marco de Bretton Woods -, y en julio de 2014 se fundó el “Nuevo Banco de Desarrollo” (*New Development Bank* o NDB) para la financiación de infraestructura, y el Acuerdo de Reserva Contingente (*Contingency Reserve Agreement* o CRA), para apoyar a los miembros en caso de crisis de balanza de pagos. En octubre de 2014, China también estableció el nuevo Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (*Asian Infrastructure Investment Bank* o AIIB) que, a pesar de la hostilidad explícita de Estados Unidos, pronto atrajo a otros 51 países como accionistas, incluyendo a la mayoría de los miembros de la OCDE y de la UE.

Esta tendencia es más visible en el comercio mundial, en el mayor número de acuerdos y negociaciones regionales “OMC Plus”, así como en la incapacidad para culminar la ronda de Doha de la OMC. En el debilitamiento del multilateralismo también han incidido las negociaciones “megarregionales” del TPP y el TTIP, impulsadas por Estados Unidos y, en este último caso, por la UE, y las de la Asociación Económica Regional Integral (RCEP, por sus siglas en inglés), impulsadas por China en respuesta al TPP. Estos acuerdos, de ser aprobados, supondrían amplios efectos de desviación del comercio, que dañarían a los BRICS y a otros países en desarrollo. Lo más significativo en la propuesta del TTP y el TTIP es que son los propios países avanzados los que estarían minando el sistema multilateral de comercio. Estas negociaciones han debilitado a la OMC, y ponen en cuestión su sistema de solución de controversias, que ha respondido relativamente bien a las demandas de los países en desarrollo (Peña, 2014).

A ello se añade el ascenso de fuerzas de extrema derecha contrarias al libre comercio en Estados Unidos y en la UE entre 2015 y 2016 - especialmente, la retirada del Reino Unido a través del *Brexit* - que supone un escenario con crecientes riesgos proteccionistas. En particular, es el eje anglo-estadounidense, tradicionalmente un pilar fundamental del orden liberal, el que se retira y cuestiona ese orden. Aparece, con ello, una situación paradójica: ahora son los países en desarrollo los que se presentan como defensores de la globalización, frente al aparente viraje hacia el nacionalismo económico de Estados Unidos y otros países de la OCDE (De Coning, 2017). Los nuevos gobiernos liberal-conservadores de Argentina o Brasil anuncian su intención de “volver al mundo” en un momento en el que éste parece cerrarse. En la Cumbre del Foro de Cooperación Asia-Pacífico (APEC) en Lima, en noviembre de 2016, el

entonces presidente de Perú, Pedro Pablo Kuczynski y el de China, Xi Jinping, se erigieron en defensores del TPP y la apertura económica, y este último reivindicó la propuesta del RCEP. Fue de nuevo el presidente de China el inesperado defensor de la globalización en la Cumbre de Davos de enero de 2017, pese a que la propia China también giraba hacia políticas más nacionalistas y centradas en su mercado interno. Estados Unidos, tras el triunfo de Trump, renunció al TPP y al TTIP, anunciando su intención de revisar TLC vigentes - en particular, el NAFTA - desde posiciones más proteccionistas y nacionalistas. De igual manera, en la UE aumenta la oposición al libre comercio - así lo indicaron las dificultades para la ratificación del Acuerdo de Libre Comercio con Canadá (CETA) -, y los gobiernos de Francia y de Alemania adoptaron posiciones contrarias al TTIP respondiendo a un electorado más inclinado a una extrema derecha en ascenso que cuestionaba las políticas de apertura de la globalización y sus efectos sociales.

Estas dinámicas de retirada y contestación, práctica y normativa, no suponen un “nuevo multilateralismo” eficaz, pues debilitan las organizaciones existentes y el conjunto del orden liberal sin que las alternativas de los países emergentes puedan sustituirlo. Los emergentes tienen ahora más influencia que en el pasado, pueden crear nuevas organizaciones internacionales, e incluso desplegar una “gran estrategia” de índole geopolítica, pero no tienen ni el interés, ni la voluntad, ni la capacidad de ser *rule-breakers* y sustituir a las potencias tradicionales y el internacionalismo liberal en la gobernanza al sistema internacional, dado que siguen siendo beneficiarios del mismo.

Esta crisis es algo más que un fenómeno cíclico. Expresaría los límites de un modelo económico altamente financiarizado, cada vez más desconectado con la economía productiva, sin reglas ni instancias de control adecuado, volátiles y con evidentes riesgos para la estabilidad del sistema. Pero la debilidad del comercio y la inversión, que no han recuperado los niveles anteriores a la crisis, parecen estar indicando cambios más profundos. En concreto, se estaría cerrando el ciclo productivo posfordista iniciado en los años ochenta ante cambios tecnológicos que alientan dinámicas de re-localización productiva, automatización e integración de las cadenas de valor a través de plataformas digitales. Estos cambios anuncian efectos de amplio espectro en el empleo, las políticas fiscales y de bienestar social, los acuerdos distributivos, y el conjunto de la organización social y política. El modelo de democracia social establecido tras la Segunda Guerra Mundial en los países avanzados, y sus expresiones desarrollistas en los países del Sur, ya se encontraba severamente erosionado por la globalización,

pero los cambios que puede generar la nueva revolución tecnológica y productiva podrían terminar de disolverlos.

Por otro lado, la globalización, en tanto transnacionalización y creciente interdependencia, constriñe y diluye la agencia de los Estados, con el resultado paradójico de que el ascenso de los países emergentes a la categoría de potencias globales coincide con una severa erosión de su capacidad. Para unos y otros, ahora reunidos en la misma mesa en el G20, ser “potencia” ya no es lo que fue en el pasado. Los países emergentes, en concreto, tienden a ver su ascenso y el proceso de globalización que lo ha hecho posible desde unas premisas marcadamente estatocéntricas y una visión reduccionista del poder como mera capacidad material, sea económica o militar. Sin embargo, habrán de asumir que, al igual que las potencias establecidas, ser potencia ya no es lo que era; que sus capacidades y agencia están más limitadas por las lógicas de la interdependencia (Kupchan, 2012; Naim, 2013); se ven afectados por riesgos globales y que están más globalizados de lo que cognitiva y políticamente estarían dispuestos a aceptar, y que tienen mucho más en juego de lo que parece en la defensa de una gobernanza eficaz y legítima de la globalización.

### *Inestabilidad sistémica y riesgo geopolítico*

En una estructura no hegemónica y en flujo, existirían más opciones y mayores márgenes de maniobra, en términos de agencia, para nuevos actores. El sistema político, tanto en plano nacional como internacional, se torna más abierto ante la aparición y ascenso de actores ajenos al *establishment* dominante y con mayor potencial disruptivo. En ese contexto, como se indicará, ha de entenderse el rápido ascenso del nacionalismo y la extrema derecha en la UE, en Estados Unidos y en otros lugares, así como el mayor potencial de conflicto en Oriente Próximo o el Mar de China, y en particular el retorno de la “gran estrategia”, en términos geopolíticos, que tratan de desplegar algunas grandes potencias, como Rusia o China, e incluso potencias medias, como Turquía, Irán o Arabia Saudí. La Federación rusa, a través de los conflictos de Georgia y de Ucrania, trata de reordenar su *hinterland* estratégico conteniendo a la UE y la Alianza Atlántica, al tiempo que recupera su estatus de gran potencia que, ante la ausencia relativa de Estados Unidos, se hace presente en la guerra de Siria.

En el caso de China, ante el intento de reconstruir el eje Noratlántico, cobra fuerza paulatinamente una estrategia “sino-céntrica” que se articula a través del ya mencionado RCEP, de la conformación de ins-

tituciones internacionales como las mencionadas *supra*, del proyecto euro-asiático de la “nueva ruta de la seda” (*One belt, one road*), de la proyección estratégica en el Mar de China, y de una mayor presencia en África y en América Latina (Serbin, 2017: 37). Irán, como otros actores regionales, se proyecta sobre Oriente Próximo a través de Siria e Irak. Arabia Saudí, por su parte, despliega una estrategia global con relación al precio del crudo, tratando de minar la producción en ascenso de petróleo y gas no convencional de Estados Unidos; y en el espacio regional, se implica indirectamente en la guerra de Siria y de manera directa en Yemen, en parte para contener a Irán. La ruptura de relaciones con Qatar responde también a una estrategia de contrapesos regionales frente a Irán. Turquía, por último, ha utilizado la crisis de los refugiados sirios como baza geopolítica para reequilibrar a su favor la relación con la UE, y ampliar los márgenes de autonomía en su involución autoritaria. Se enquistan las guerras internacionalizadas (Siria y Yemen) y se percibe mayor potencial de conflicto en otras áreas. En el Mar de China y la península de Corea aumenta la tensión y el riesgo de enfrentamiento. En algunos países de la UE se reinstaura el servicio militar, aumenta el gasto en defensa y se despliegan tropas - Este de Europa, Repúblicas Bálticas - ante el temor de una Rusia resurgente y ante un Estados Unidos que se torna poco predecible en cuanto a sus compromisos globales. Lo que pocos años antes parecía impensable, se torna una posibilidad, como el caso de una Alemania que debate abiertamente la oportunidad de dotarse de armas nucleares (Studemann, 2017). La desconfianza entre la UE y el Estados Unidos y la “brecha transatlántica” que empieza a aparecer se escenificó abiertamente en la fallida cumbre del G7 de mayo de 2017, en la que Trump acusó a Alemania y su superávit comercial de dañar la economía estadounidense, ante lo que la Canciller Merkel declaró públicamente que la UE ya no podía fiarse de Estados Unidos y el Reino Unido, “debía tomar su destino en sus propias manos” (Carbajosa, 2017).

## **Límites sociales y políticos de la globalización: ascenso de la extrema derecha y matrices de política exterior**

*Globalización, cambio de poder y erosión de la democracia social: estructura y agencia*

Como señala Ikenberry, el orden liberal no se ve afectado por una “crisis E.H. Carr”, sino por una “crisis Polanyi”, relacionada más con una

“gran transformación” que afecta a sus bases económicas y sociales, que con el retorno a una lógica de multipolaridad, anarquía y juego geopolítico de grandes potencias (Ikenberry, 2018: 10). Además del fracaso de sus supuestos de auto-regulación, la globalización también ha incumplido su promesa de inclusión social, al generar brechas sociales crecientes y al tiempo, debilitar la capacidad de los Estados para atenderlas. Tanto en los países emergentes como en los avanzados se evidencia un aumento de la desigualdad, que se acelera con la crisis económica iniciada en 2008. En estos últimos se erosionan los pactos sociales nacionales y aumenta la inseguridad laboral, y respecto a la capacidad de protección del Estado; y en los países emergentes se produce un rápido aumento de las expectativas de ascenso social y de las demandas hacia el Estado, las formas de gobierno y sus políticas públicas. Aunque es un proceso en el que existen importantes variaciones nacionales, los procesos de globalización y transnacionalización, en conjunto, constriñen fuertemente la agencia de los Estados territoriales y de sus élites tradicionales para desarrollar políticas autónomas o desplegar los supuestos recursos de poder que su respectiva estatura económica pareciera otorgarles. Ello limita la capacidad de las políticas públicas para materializar las aspiraciones, demandas y derechos de las sociedades, en la medida que aún se definen a través de procesos políticos de alcance eminentemente nacional. En un planteamiento muy conocido, Dani Rodrik (2011) señala que en el contexto de la globalización los actores estatales enfrentan un “trilema” irresoluble, en el que la globalización económica profunda, el Estado-nación y la política democrática son tres objetivos que no pueden ser satisfechos simultáneamente, y que las únicas políticas posibles combinarían dos de ellos. Las crisis financieras de los años noventa en adelante mostraron que, en condiciones de globalización profunda y con los Estados-nación como *locus* del poder político, su agencia se debilita y solo parece posible gobernar asumiendo las exigencias del mercado global, postergando mandatos electorales relacionados con derechos sociales propios de democracias avanzadas.

La crisis de gobernanza y las dificultades de los Estados y en particular de las democracias occidentales para hacer frente a las brechas sociales generadas por la globalización han tenido efectos múltiples. Hay que subrayar que el orden liberal de posguerra no se limita a un conjunto de principios y normas internacionales, sino que hunde sus raíces en una concepción de democracia social que, fundada en el ciclo productivo fordista, integró a los trabajadores, el Estado y el capital en lo que puede entenderse como un amplio pacto corporativo tripartito. Este suponía un modelo de democracia social que reconocía amplios derechos

sociales y laborales, establecía mecanismos avanzados de protección, e institucionalizaba tanto la participación laboral en la gestión económica, a través de la negociación colectiva, como en el sistema político, a través de partidos obreros y sindicatos de amplia base. Ello otorgó la necesaria legitimidad y atractivo a las democracias occidentales frente al bloque soviético. Con ello, la estabilidad y la paz social en el ámbito doméstico se entrelazaba con las lógicas de seguridad de la Guerra Fría (Jayasuriya, 2010). Este modelo se desarrolló plenamente en los países avanzados de Occidente, pero las políticas nacionalistas y desarrollistas del periodo postcolonial significaron también una notable ampliación de la ciudadanía y fórmulas inéditas de democracia social.

En términos de cambio estructural, el fin de la Guerra Fría hizo desaparecer algunos de los factores geopolíticos en los que se basó el orden liberal. En paralelo, la globalización ha supuesto una fuerte erosión de ese modelo de democracia social, debilitado por dinámicas de transnacionalización productiva y de liberalización de los mercados, en los que el Estado dejó de asumir ese rol protector. Como señala acertadamente John Ikenberry (2018), la “tercera ola” democrática de los noventa, a la vez causa y consecuencia del colapso del bloque soviético, supuso la expansión global de los derechos políticos, pero al estar vinculada al neoliberalismo económico también significó mayor desigualdad, crisis fiscal y una marcada erosión del componente económico y social de la ciudadanía, tanto en los países avanzados como en aquellos países en desarrollo que habían establecido diversos modelos de pacto social. La recurrente crisis de legitimidad de resultado que ha acompañado a esa ola democratizadora es el resultado directo de esa contradicción. Ello explicaría distintos ciclos de contestación como el que atravesó América Latina al inicio de los 2000, con el ascenso de fuerzas progresistas; o el de los países avanzados desde la crisis de 2008, que ha supuesto el ascenso de fuerzas de extrema derecha, que en uno y otro caso se nutren del descontento social con la globalización y sus efectos.

El más reciente ciclo de contestación en los países avanzados es la expresión del retorno de la política y de la repolitización de cuestiones hasta entonces objeto de consenso dentro del orden liberal. Con ello, se da fin al reinado tecnocrático del liberalismo y el neoliberalismo, fuera en su versión de centroderecha o socialdemócrata, en el que el espacio de lo político se reducía a la confrontación electoral en torno a cuestiones que no suponían la impugnación de ese orden (Pelfini, 2017). La crisis de 2008, unida a otros riesgos de la globalización, supone incertidumbre y miedo a un futuro que se percibe como amenaza, tanto para las generaciones presentes (pensiones) como para

las futuras (empleo y precariedad), y la gestión liberal y tecnocrática de la globalización no parece capaz de conjurar esa incertidumbre, ni de ofrecer garantías creíbles de protección de la sociedad ante las contingencias y los riesgos globales (Pelfini, 2017: 61). Se derrumba así la credibilidad de las narrativas de progreso de la posguerra fría y la globalización, tanto en la versión cosmopolita de la socialdemocracia, que se muestra irrelevante e inaplicable, como en la variante neoliberal, más arrogante e insensible a la desazón de las clases medias y bajas, e igualmente ineficaz (Garcés, 2017: 16).

En ese escenario de crisis de globalización, acontecimientos como el *Brexit* o el triunfo electoral de Donald Trump no pueden ser considerados como meros “cisnes negros” impredecibles, en el sentido que da a esta expresión Nassim Taleb (2010). Son sin duda un resultado de factores de agencia - la capacidad de articular discursos y narrativas movilizadoras en los medios de comunicación o en las redes sociales, o el éxito de una campaña electoral - pero no se explicarían sin factores causales de carácter estructural relacionados con décadas de globalización.

El descontento social que genera la crisis de la globalización deviene así en crisis de legitimidad de la democracia liberal, que supone un amplio cuestionamiento de las élites y el *establishment* favorable a la globalización. De esa crisis se nutre el ascenso de nuevos actores de extrema derecha, líderes fuertes, la política del miedo y el rechazo creciente a las sociedades abiertas. Ese proceso, que expresa una crisis de hegemonía de dichas élites, de nuevo tiene afectos tanto al interior de cada Estado como en el plano internacional. La impugnación de las élites y la crisis de legitimidad de las democracias debilitan, a su vez, el liderazgo y la posición hegemónica que había mantenido el conjunto de los países avanzados - en particular Estados Unidos y la UE - en el sostenimiento del orden internacional liberal en el que se ha basado la globalización.

El hecho es que en una estructura no hegemónica y en cambio existirían más opciones y mayores márgenes de maniobra en términos de agencia. Por ello, tanto los sistemas políticos nacionales como el sistema internacional son más abiertos ante la aparición y ascenso de actores políticos ajenos al *establishment* y con mayor potencial disruptivo. En ese contexto ha de entenderse el rápido ascenso del nacionalismo y la extrema derecha en el ámbito nacional, y las nuevas formas de “cesarismo” político que ello comporta cuando esas fuerzas llegan al gobierno. En el plano internacional ello explica el retorno de

la “gran estrategia”, en términos geopolíticos, que en ausencia de un orden hegemónico que lo impida, ahora tratan de desplegar algunas grandes potencias, como Rusia o China, e incluso potencias medias, como Turquía, Irán o Arabia Saudí.

El ascenso de la extrema derecha y el nacionalismo extremo, más allá de la coyuntura electoral, han de interpretarse también en términos de cambio ciclo histórico. Ponen en cuestión, desde el espacio de la política nacional, los principios del internacionalismo liberal y las reglas e instituciones en las que se ha basado el orden internacional contemporáneo y especialmente el ciclo histórico de la globalización. No se trata solo del triunfo electoral de Donald Trump, del *Brexit*, o del ascenso de la extrema derecha xenófoba en la UE. Ese desplazamiento a la derecha se extiende a los partidos tradicionales, que asumen y normalizan esas posiciones para evitar perder votos o respaldo social, y es parte de una dinámica más amplia de creciente polarización política que se observa en muchos países. Como reconoció el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, en su discurso sobre el estado de la UE de 2016, “Nunca antes había visto unos gobiernos nacionales tan debilitados por las fuerzas populistas y paralizados ante el riesgo de salir derrotados en las siguientes elecciones” (Juncker, 2016: 6). Por otro lado, el nacionalismo se afianza también en la Federación Rusa o en China - donde sustituye al comunismo como ideología oficial -, y en otros países emergentes, como Turquía, Egipto, Indonesia o Filipinas. En América Latina, emerge en países con una cultura democrática afianzada, como Costa Rica, con el sorpresivo ascenso del pastor evangélico Fabricio Alvarado (que se convirtió en una opción electoral con posibilidades de llegar al gobierno), en el gigante brasileño a través de la figura de Jair Bolsonaro, o alienta procesos de involución en otros países.

### *Los límites sociales de la globalización: desigualdad e inseguridad laboral*

En un detallado análisis sobre las causas del auge de la extrema derecha, Inglehart y Norris (2016) categorizan como fuerzas motrices del lado de la demanda (*demand-side drivers*) esas causas estructurales, situando en el lado de la oferta (*supply-side drivers*) la actuación, narrativas y líderes de la constelación emergente de partidos y líderes de extrema derecha.

En términos de cambio social, la globalización ha sido un fenómeno de vastas proporciones, comparable quizás a la primera revolución industrial, o al advenimiento del keynesianismo y el fordismo tras la Segunda Guerra Mundial. Ha permitido grandes avances en la reducción de la pobreza y la inclusión social de los sectores medios,

pero también ha generado mayor desigualdad global, y dinámicas de exclusión y segmentación social que han afectado a otros grupos. En ese proceso, en términos de reducción de la pobreza y distribución del ingreso cabe identificar claros ganadores y perdedores (Milanovic, 2012; 2016; Lakner y Milanovic, 2016): pierde el *bottom billion*, los en torno a 1.000 millones de personas estancadas en la pobreza extrema y el hambre, en su mayoría en África subsahariana y Asia meridional, y las clases medias y los trabajadores de menor cualificación de los países avanzados, golpeados por el desempleo, la precariedad laboral, el recorte de derechos y la incertidumbre asociada al cambio tecnológico. Ganan las clases medias en ascenso de los países emergentes, que dejan atrás la pobreza y acceden al mercado de consumo, y la estrecha capa de la población más rica, tanto en los países emergentes, como en los avanzados. Como señalan las encuestas de opinión, supone expectativas en ascenso en los países emergentes, que alimentan tanto respuestas individuales - mayor presión migratoria hacia los países ricos -, como colectivas, a través de movimientos sociales que, desde América Latina al mundo árabe, reclaman mejor gobernanza y políticas públicas más eficaces e inclusivas. En los países avanzados, supone expectativas en descenso, en un contexto de recorte de derechos sociales y creciente inseguridad y precariedad laboral (Pew Global Research Center, 2014).

Los indicadores globales de bienestar parecen apuntar a un cambio en el ciclo histórico *de longue durée*, más que al impacto coyuntural del ciclo económico o la crisis financiera, y ello parece marcar los límites sociales de la globalización. Aunque la desigualdad entre países empeoró, entre 1945 y mediados de los años setenta del siglo XX se registraron al interior de los países de la OCDE los mejores indicadores en materia de equidad en los doscientos años que median entre la revolución industrial y los primeros años del Siglo XXI. Pero desde mediados de los ochenta, la globalización significó un cambio de ciclo: por primera vez en cien años, la brecha entre los países ricos y en desarrollo - al menos los emergentes - empezó a estrecharse, pero también comienza lo que Paul Krugman (2007: 124-128) llama “la gran divergencia”: la desigualdad interna tanto en los países avanzados como en desarrollo, con algunas excepciones, experimentó un fuerte aumento (OCDE, 2011 y 2015).

Que las diferencias entre países se reduzcan, como que aumenten en su interior, es consecuencia de una globalización que aumenta la escala de los mercados y supone mayores presiones competitivas. El cambio tecnológico y la incorporación de más de 1.500 millones de trabajadores de los países emergentes al mercado de trabajo global, vía exportaciones

o migración, ha contribuido a esa brecha de ingresos. Supone mayores retribuciones en la “economía del conocimiento”, estancamiento de los salarios en empleos propios de las clases medias, y un marcado deterioro de la renta salarial de la población trabajadora con menor cualificación de los países avanzados, sometida así a la competencia global sin que ya pueda protegerles la regulación estatal (OCDE, 2017). También incide la erosión de instituciones como la negociación colectiva, la fiscalidad progresiva y las políticas sociales, atrapadas en los confines del Estado-nación y los pactos sociales nacionales, que se debilitan cuando la competencia y los mercados son ya globales. Como modelo de orden mundial, la globalización supone un modelo de gobernanza basado en la adaptación de los Estados - sus estructuras económicas, políticas y sociales; sus instituciones, y sus pactos sociales nacionales - a los requerimientos del mercado globalizado. A futuro, todo ello pone en duda la sostenibilidad del Estado del bienestar y los derechos económicos y sociales, la movilidad social ascendente que presuponen las sociedades abiertas, y genera más incertidumbre e inseguridad laboral. Surge un nuevo precariado sin expectativas, particularmente entre los jóvenes, para los que el *status quo* tiene poco que ofrecer.

El inicio de un nuevo ciclo de innovación tecnológica basada en la reorganización de la producción a partir de plataformas digitales, la automatización y la inteligencia artificial - la “cuarta revolución industrial” - plantea desafíos sociales y políticos adicionales (Greenberg, Hirt y Smit, 2017, Arntz, Gregory y Zierahn, 2016; Acemoglu y Restrepo, 2017). Empiezan a erosionarse las ventajas que la globalización ha dado a las multinacionales en cuanto a escala y oportunidad de arbitraje e intermediación para aprovechar un mercado global, pero con grandes diferenciales de costes de producción. Ello se debe a la convergencia de costes inducida por la propia globalización, incluyendo salarios, transporte y otros costes fiscales y regulatorios. Estos factores hacen menos atractiva la deslocalización productiva característica de la globalización, y reduce la importancia de las economías de escala y de las cadenas globales de valor en las que radicaba la ventaja competitiva de las multinacionales. Si la lógica que animaba la deslocalización productiva en los años noventa era establecer plantas en países de bajos salarios para abastecer el mercado global (*off-shoring*), ahora es posible reorganizar la producción y distribución a escala global mediante plataformas digitales y la externalización de la logística, y recurrir a la robotización para situar la producción más cerca de los consumidores (*on-shoring*), sea en unos países emergentes que se han convertido en mercados de alto crecimiento, o retornando incluso a los países avanzados (*re-shoring*). Lo que parece indicar esa tendencia, según

*The Economist* (2017), es el inicio de una “retirada de multinacionales” que cierra una etapa de globalización que se ha extendido por más de tres décadas, basada en el modelo transnacionalizado de producción del posfordismo (*The Economist*, 2017).

Este proceso ya se ha iniciado, y son algunos países emergentes, más intensivos en cuanto a actividad manufacturera, los que tienen mayor potencial de automatización y de “desindustrialización prematura”. Por ejemplo, la renuncia de Ford a ampliar la producción en Hermosillo (México) en 2016 ante las presiones del presidente Trump, no significaría más empleo en Estados Unidos, como alega su retrógrada retórica proteccionista, y más bien apunta hacia dinámicas novedosas de re-localización, robotización y reindustrialización sin empleo. A escala global, podrían desaparecer 1.000 millones de empleos (WEF, 2016), que pueden no tener reemplazo con nuevas ocupaciones ligadas al cambio tecnológico. No se trata de neoludismo, sino de asumir las implicaciones sociales de una nueva revolución industrial: si el fordismo significó una amplia transformación social y política, al hacer posible la sociedad de la producción y el consumo de masas y la democracia social de posguerra, las consecuencias de este nuevo ciclo de innovación tecnológica suponen una mayor incertidumbre e inseguridad laboral, dado su alcance para el empleo, la fiscalidad o la protección social, y no sin conflictos, exigirán una amplia redefinición del contrato social.

### *El ascenso de los extremistas de derecha: malestar social y narrativas de polarización*

Sería ilusorio suponer que estos cambios no tienen implicaciones políticas. Los datos empíricos referidos al apoyo a la extrema derecha muestran, de manera consistente, el apoyo de sectores que por edad, sexo, nivel educativo o lugar de residencia son perdedores de la globalización o se perciben como tales. Pero esa explicación socio-económica no basta para explicar el fuerte ascenso de esas fuerzas. Inglehart y Norris (2016), a partir de encuestas realizadas en 31 países, argumentan que otro importante factor estructural es un movimiento cultural reaccionario (*cultural backlash*), especialmente en las generaciones mayores, los hombres blancos y los sectores menos calificados, antes dominantes, y que se resisten a perder su estatus frente al avance de la diversidad y de los valores cosmopolitas y liberales y el respeto al pluralismo que se supone a las sociedades abiertas y de la globalización. Esos grupos serían particularmente vulnerables al llamado de los populistas de derechas. Ahora bien, la distinción analítica entre factores

socio-económicos y la reacción cultural es artificial, pues ambos están relacionados: “si los cambios estructurales en la fuerza de trabajo y las tendencias sociales en los mercados globalizados elevan la inseguridad económica, y si esto, a su vez, estimula una reacción negativa entre los tradicionalistas hacia los cambios culturales. No sería una cuestión de si es lo uno o lo otro, sino del peso relativo de ambos y de los efectos de su interacción” (Inglehart y Norris, 2016: 3). Ambas dinámicas, en suma, son necesarias para explicar el creciente malestar social y la desafección ciudadana hacia la democracia y los partidos tradicionales, que los nuevos actores políticos en la derecha populista y xenófoba han sabido movilizar y canalizar para ganar peso electoral, poder parlamentario, e incluso para hacerse con el gobierno de algunos países.

Más allá de esos cambios estructurales, para entender la pérdida de influencia de las élites dominantes y el declive electoral de los partidos tradicionales es necesario examinar los factores de agencia, y en particular, la actuación de una pléyade de partidos y líderes de extrema derecha nacionalista y xenófoba, y lo que ofrecen y cómo lo enmarcan, con estrategias y discursos de deslegitimación y de polarización que cabría calificar como “insurgentes”. Promueven narrativas muy potentes para la movilización social, centradas más en la identidad y en la seguridad que en el empleo, pero que han encontrado un terreno abonado en la crisis social y el rechazo al *establishment* (Greven, 2016). Son narrativas anti-élites - contra la clase política, los ricos o los “expertos - que se nutre de la crisis de legitimidad y de la falta de respuestas por parte de dichas élites a los problemas socioeconómicos de las clases medias y bajas. Como señala Pelfini (2017: 60), en un escenario de retorno de la política frente al dominio tecnocrático del neoliberalismo, cambia la retórica política y resurge lo “bajo” y lo plebeyo como discurso y estilo de liderazgo para simbolizar la cercanía al “pueblo” frente a las élites, los expertos y la “corrección política” y su semántica de inclusión, reconocimiento de la diversidad y tolerancia.

También son narrativas securitarias frente al terrorismo y la inmigración, que contraponen al “pueblo”, la cultura y la identidad, así como la seguridad, frente al “otro”, construido como amenaza. Ello se nutre del giro reaccionario, tradicionalista y nativista antes descrito, rechazando la diversidad social, y, en ocasiones, adopta expresiones abiertamente islamófobas y racistas (Bartoszewicz, 2016).

Finalmente, son narrativas anti-globalización, incluyendo la variante euroescéptica, contrarias a las sociedades abiertas y los valores cosmopolitas, marcadamente nacionalistas, y que reclama políticas proteccionistas.

En la propagación de estas narrativas y discursos tienen un papel clave unos medios de comunicación más polarizados e ideologizados. Incide también el manejo de las emociones colectivas a través de las redes sociales (Van Wyk, 2017), cuyos algoritmos, basados en las preferencias de cada usuario, tienen a generar bucles cognitivos autorreferenciales que potencian esos discursos y crean una esfera “posfactual” que transforma la arena política en muchos países, tornándola más polarizada e ideologizada, y por ello, la aleja aún más del ideal habermasiano de esfera pública abierta al contraste de argumentos racionales en la que habría de basarse una democracia deliberativa. En una visible paradoja, el aumento de los intercambios de datos que reflejan los indicadores sobre el avance de la globalización coexiste con un Internet más fragmentado, parroquial y cerrado por efecto de esas dinámicas.

Frente a estos fenómenos las élites dominantes se han mostrado a menudo insensibles e incapaces para reconocer ese descontento, afrontar los problemas sociales y reorientar las políticas que les dan origen. No han faltado voces de alarma, como el diagnóstico anual de riesgos globales del Foro Económico Mundial de Davos, que ha identificado de manera reiterada la desigualdad económica y la polarización política como uno de los más importantes riesgos sistémicos. Wolfgang Münchau (2016) señaló en *Financial Times* que el *establishment* al cuidado del orden liberal global parecía estar sumido en un “momento María Antonieta”, ajeno a un sistema financiero fuera de control o a los abusos fiscales de las multinacionales, abandonando a su suerte a parte de la ciudadanía, insistiendo en políticas irresponsables de austeridad o en relación a la migración, denigrando a los votantes que se inclinan hacia la extrema derecha como meros exponentes de un “voto irracional”, y con todo ello, se enajenan su apoyo y dan alas al ascenso de la extrema derecha.

### *Globalización-antiglobalización: matrices de política exterior e inserción internacional*

La irrupción de estas fuerzas ha tenido importantes efectos en la política y el conflicto social. Junto a la tradicional divisoria entre izquierda y derecha, centrada en los conflictos distributivos en el ámbito económico, aparece un nuevo eje o *clivaje* fundamental marcado por las posiciones frente a la globalización, entre cosmopolitismo y nacionalismo, entre “globalistas” y “patriotas”, o entre “abierto” y “cerrado”, que reinterpreta esos conflictos redistributivos en términos de ganadores y perdedores de la globalización, y los complejiza al introducir elementos de seguridad e identidad. Todo ello

fragmenta y reajusta las preferencias de los votantes, y supone una amplia reorganización del campo de la política y el conflicto social, y se proyecta al ámbito exterior (The Economist, 2016; Inglehart y Norris, 2016). Es en cuestiones como la globalización, la integración económica, el libre comercio, la política migratoria o la política exterior y de seguridad donde esa divisoria aparece con más claridad, erosionando el consenso existente en el centro político en torno al internacionalismo liberal y los valores cosmopolitas en los que se ha basado la globalización como forma de orden mundial. Cruzando los dos ejes - pro y antiglobalización, izquierda y derecha - en un cuadro de doble entrada imaginario, aparecen cuatro grandes matrices de política que, con los correspondientes acentos y mediaciones nacionales, de identidad y de clase social, pueden definir el escenario de la política y el conflicto social en un momento de crisis de globalización, sea en el plano nacional o global. De forma simplificada, a modo de modelos de análisis, se presentan a continuación:

a) “Davos” o los globalistas de derechas, favorables a la democracia liberal, el libre comercio y la empresa privada: proclives a profundizar la integración económica global, y partidarios del *status quo* de la globalización. Su más clara expresión son las élites transnacionales reunidas en el Foro Económico Mundial de Davos. Su expresión política se sitúa en la centro derecha y entre los sectores centristas de la socialdemocracia europea - ambas fuerzas, por ejemplo, han apoyado el TTIP en el Parlamento Europeo - y del Partido Demócrata en Estados Unidos, y cuentan con el apoyo doctrinal de los organismos financieros internacionales. Su base electoral se encuentra en sectores urbanos, más cultivados, y más pudientes, con intereses en la libre movilidad de capitales, más internacionalizados, así como en segmentos de la clase media vinculados al sector servicios y por ello más protegidos frente al libre comercio. Desde la crisis global, los partidos que se alinean con “Davos” experimentan un marcado retroceso electoral, si bien en América Latina han conocido un resurgimiento relacionado con el fin del ciclo de los gobiernos progresistas. Frente al ascenso de los nacionalistas, estos actores, como se indicará, están tratando de articular nuevas coaliciones a favor de la globalización, pero están condicionadas por procesos electorales internos.

b) “Porto Alegre” o los “progresistas cosmopolitas”, que incluyen a sectores de la izquierda que pretenden regular la globalización a través de reglas regionales o globales que protejan los derechos humanos, laborales y sociales y el medio ambiente - por ejemplo, a través de una concepción de “ciudadanía global” respetuosa de la diversidad, o de la

agenda global de desarrollo sostenible - con una regulación inclusiva de la inmigración, construyendo organizaciones regionales fuertes o un “nuevo multilateralismo” para la gobernanza justa de la globalización. Socialmente son también clases medias y medias-altas cultivadas, vinculadas al sector servicios, con mayor presencia de jóvenes y mujeres. Doctrinalmente se basan en el cosmopolitismo neokantiano y en aportes del altermundialismo. Incluye a los sectores progresistas de la socialdemocracia, a otras fuerzas de izquierda, a ONG globales, como Oxfam, y a movimientos como *Occupy Wall Street* o *Welcome Refugees*, a través de las coaliciones transnacionales organizadas en su momento en torno al Foro Social Mundial de Porto Alegre. En alza en los años 2000 como movimientos sociales y en términos de apoyo electoral, desde 2008 están en franco retroceso.

c) Soberanistas y “desglobalizadores” de izquierda, que agrupan fuerzas anti-europeas y anti-occidentales - Syriza, en Grecia, o en un periodo anterior los movimientos bolivarianos agrupados en torno a la Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América -, así como movimientos sociales y ambientalistas que reivindican la autogestión y las economías locales. Radicalmente contrarios a la globalización, identificada con neoliberalismo, al libre comercio y a la actuación de las multinacionales, rechazan también, por su carácter hegemónico, las normas e instituciones internacionales. En la estela de la crisis registran pequeños avances en algunos países de la OCDE, pero retroceden en otros lugares, como América Latina.

d) Los “nuevos patriotas”, soberanistas y nacionalistas, y en la UE, profundamente euroescépticos; con una retórica contraria a la liberalización económica y, en ocasiones, a la gran empresa y las multinacionales; son más tradicionalistas en materia de cultura, prácticas sociales y género, así como en materia religiosa; más sensibles a la “política del miedo” asociada al terrorismo islámico o la delincuencia común; recelosos de la diversidad social, nativistas, xenófobos, anti-inmigración, y en ocasiones, abiertamente islamófobos. Serían una clara expresión de nuevas formas de “cesarismo” surgidos de una crisis de hegemonía. Socialmente, agrupan a perdedores de la globalización, como clases medias y medias bajas afectadas por el desempleo y la desindustrialización, y/o sectores rurales y de mayor edad que rechazan el cosmopolitismo y el multiculturalismo. En su visión del mundo y de la política exterior, cuestionan la sujeción a normas e instituciones multilaterales y a los acuerdos globales sobre desarrollo sostenible o cambio climático, y en la defensa del interés nacional, en clave geopolítica, priman la seguridad, aunque para alcanzarla oscilan entre

el aislacionismo y la política de poder. Además de la extrema derecha de Europa y en Estados Unidos, el nacionalismo de Vladimir Putin en la Federación Rusa, de Erdogan en Turquía, o en otros países en desarrollo, o nuevas fuerzas de derecha nacionalista, como Jair Bolsonaro en Brasil, o los grupos evangélicos en alza en América Latina son representativos de esta tendencia. Como se ha señalado, se trata de las fuerzas políticas más dinámicas, en términos de agencia, y al calor de la crisis global, están claramente en ascenso.

En ocasiones, algunos partidos políticos se encuentran divididos entre dos de estas matrices. Sería el caso de la socialdemocracia europea, escindida entre “Davos” o el ordoliberalismo, por un lado; y el cosmopolitismo progresista, por otro, y puede alegarse que es una de las razones de su crisis; o de los demócratas en Estados Unidos, entre los partidarios de Hillary Clinton y de Bernie Sanders. En la derecha nacionalista en ascenso también hay diferencias importantes entre, por ejemplo, los *brexiteers*, abiertamente liberales, que desean ver de nuevo al Reino Unido surcando los mares del libre comercio, el más proteccionista Frente Nacional francés, o la más ambigua posición de Estados Unidos con Trump. Algunos actores oscilan entre una u otra de estas matrices: es el caso de China, que apuesta por la globalización económica y al tiempo impulsa un desarrollismo tecnocrático marcadamente nacionalista que es bienvenido en un Davos más neoliberal que democrático. Este país, además, tiende a formas más autoritarias, como ilustran las reformas constitucionales de marzo de 2018 y la concentración del poder en Xi Jinping, y que con ello se aleja de la apertura democrática que según el clásico libreto liberal debía ser el resultado final de su desarrollo capitalista.

Aunque estos procesos afectan más a los países avanzados que a los países emergentes, al proyectarse a la arena internacional vía agencia de los Gobiernos ya están alterando significativamente el escenario global en el que América Latina y el Caribe han de encontrar acomodo. La revuelta contra el orden liberal de los que se consideran perdedores de la globalización, y contra el *establishment* que la respalda, debilita a las élites tradicionales, supone una crisis de legitimidad de las democracias occidentales, y minan el liderazgo que había mantenido el conjunto de la OCDE, y en particular Estados Unidos y la UE, en el sostenimiento del orden internacional liberal. Todo ello tiene ya consecuencias en las opciones de política exterior, en la política migratoria, en las negociaciones comerciales, en la agenda del desarrollo sostenible y en otros aspectos que afectan a la gobernanza del sistema internacional.

## Pugnas en torno al orden liberal y la globalización

Una globalización en crisis, o “sometida a tensiones”, según lo expresa CEPAL (2016), plantea de manera inmediata un escenario de incertidumbre y riesgos ante el ascenso del proteccionismo y el nacionalismo económico tanto en Estados Unidos como en otros países de la OCDE, e incluso en algunos de los emergentes, que debilita aún más a un sistema multilateral ya cuestionado y en peligro de fragmentación<sup>3</sup>.

Ante todo, hay que señalar a Estados Unidos. Con la nueva estrategia de seguridad nacional adoptada en noviembre de 2017 (Casa Blanca, 2017) se reformula la política exterior en clave de juego geopolítico entre grandes potencias. A ello se añade la revisión de la postura nuclear (Departamento de Defensa, 2018), que plantea la posibilidad de uso de armas nucleares en conflictos “localizados” y ante amenazas no convencionales como los ciberataques. Igualmente significativo es su viraje en política comercial bajo la matriz “neo-patriota” descrita anteriormente. La administración Trump plantea una inédita combinación de unilateralismo nacionalista y una peculiar ideología de neoliberalismo asimétrico, que altera, aunque no transforma radicalmente, la matriz de política latinoamericana del periodo anterior (Vigevani y Magnotta, 2016). Un documento elaborado por la Oficina del Representante Comercial de Estados Unidos (2017a) parece indicarlo así, asumiendo la retórica nacionalista del *America first* para mostrar su preferencia por acuerdos bilaterales antes que por negociaciones multilaterales o plurilaterales. Se anuncia, en concreto, la renegociación de los 20 acuerdos de libre comercio que Estados Unidos tiene en vigor, considerados “injustos” y “desequilibrados” en perjuicio propio, para asegurar “reciprocidad” y la capacidad soberana de adoptar medidas unilaterales de defensa comercial, frente a los mecanismos de resolución de disputas de dichos acuerdos, y/o los de carácter multilateral de la OMC; promover por encima de todo el empleo y el crecimiento en Estados Unidos; y evitar hacer concesiones en materia comercial ante imperativos geopolíticos. En primera instancia, ello significa una compleja renegociación del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (ALCAN) (Oficina del Representante Comercial de Estados Unidos, 2017b), que puede terminar involucrando otros acuerdos firmados con países de la región: con Centroamérica y República Dominicana (CAFTA-DR), y con Colombia, Perú y Chile, quedando descartadas las expectativas de acuerdos similares de los nuevos go-

<sup>3</sup> Véase el informe periódico sobre medidas comerciales de los países del G20 (OMC, 2016a y 2016b).

biernos de Argentina y Brasil (The Economist Intelligence Unit, 2017). Desde enero de 2018, Estados Unidos también ha aplicado de manera unilateral un aumento de los aranceles a ciertos electrodomésticos y los paneles solares, y en marzo Trump anunció la imposición unilateral de aranceles al acero (25%) y al aluminio (10%) apelando al discurso legitimador de la seguridad nacional. Éste, a su vez, proporciona cobertura legal a esa medida proteccionista unilateral, al estar amparada por una arcana salvaguarda prevista en las normas de la OMC. Estas medidas, particularmente dañinas para China y la UE, pueden ser muy costosas: golpean a las industrias que dependen de acero y aluminio importado, y pueden dar paso a represalias comerciales contra productos estadounidenses e iniciar así la guerra comercial. Con ese aumento de aranceles Trump apela de nuevo a su base electoral y se enfrenta a un Partido Republicano tradicionalmente favorable al libre comercio. Por último, tienen también efectos en las negociaciones del NAFTA, al anunciarse que Canadá y México podrían quedar exentos si hacen concesiones en la renegociación de ese acuerdo.

Frente a estas tendencias, ¿pueden articularse nuevas coaliciones favorables a la globalización? ¿Puede el orden liberal sobrevivir ante la retirada de su pilar anglo-estadounidense, y el ascenso del nacionalismo y la extrema derecha en muchos lugares? Es difícil responder ahora a esos interrogantes, pero sí observar cómo esas coaliciones están desenvolviéndose.

En Asia el foro de cooperación Asia-Pacífico (APEC), y en particular países como Japón, han estado promoviendo el TPP tras la retirada de Estados Unidos. Reformulado como Tratado Integral y Progresivo de Asociación Transpacífica (CPTPP, por sus siglas en inglés), este acuerdo se firmó simbólicamente el mismo día en el que Trump anunciaba la subida de aranceles al acero y al aluminio. Aunque un TPP sin Estados Unidos no tendría el mismo peso y atractivo, y aleja a ese país de los mercados asiáticos, supone una clara señal política a favor de la globalización y los mercados abiertos por parte de 11 países que suponen el 14,5% del PIB y el 15% del comercio mundial. China no es parte del CPTPP, ya que contiene disposiciones que sería difícil cumplir para un país que en muchos aspectos no es aún una economía de mercado, sigue promoviendo su iniciativa de tratado comprehensivo para Asia-Pacífico (RCEP), y ha planteado una amplia estrategia geopolítica y económica que se proyecta hacia Eurasia y el Pacífico a través de la *Belt and Road Initiative* (BRI), en cuya cumbre de mayo de 2017 hubo una importante presencia latinoamericana.

La victoria electoral de Trump y su abrasiva política exterior, en particular hacia el orden multilateral y hacia la UE, el *Brexit* y sobre todo la amenaza de un *Frexit* tras un eventual triunfo de la extrema derecha en Francia, finalmente conjurado con la inopinada victoria de Emmanuel Macron, parecen haber sacado de la parálisis política a la UE, que desde finales de 2016 parece haber tomado la iniciativa política en defensa de su propio modelo y del orden multilateral. Ese empeño tiene una doble dimensión, interna y externa, dado que antieuropeísmo e impugnación del orden liberal van de la mano, y esas fuerzas se encuentran en el seno de la UE, poniendo en juego su propia existencia. En Bruselas y en otras capitales europeas se tomó buena nota del discurso pronunciado por Trump en Varsovia ante el Gobierno derechista del Partido Ley y Justicia, cargado de retórica nacionalista, poco o nada europeísta o liberal, en el que llamó a “defender la civilización occidental”, que se identificó con valores tradicionales.

Varios hechos parecen indicar que la UE está reaccionando: en junio de 2016, inmediatamente después de conocerse los resultados del referéndum británico sobre el *Brexit*, se lanza la nueva Estrategia global de política exterior y de seguridad (Unión Europea, 2016). Aunque la salida del Reino Unido invalidaba parte de su contenido - como el referido a las capacidades en defensa -, su lanzamiento era una clara señal política de unidad y de afirmación del proyecto europeo, y un intento de relegitimar la UE como proveedora de seguridad, más que de bienestar, para su ciudadanía. En esa misma dirección se situaban las importantes decisiones del Consejo de finales de 2016 en materia de defensa europea. El mandato de negociación del *Brexit*, aprobado en sesión extraordinaria por el Consejo Europeo en abril de 2017, mostraba una posición exigente y una inusitada unidad de propósito frente al Reino Unido. En mayo de 2017 la Comisión aprobó el importante *Documento de reflexión sobre el encauzamiento de la globalización*, en el que frente al populismo rampante se aboga, como lo hace la Estrategia Global, por una globalización gobernada a partir de reglas equilibradas y un multilateralismo eficaz. En junio de ese año se aprobó el nuevo *Consenso Europeo sobre Desarrollo* (Consejo de la Unión Europea, 2017), que compromete a la UE con las metas globales de desarrollo de la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible. A ello se suma el entendimiento que tras la victoria de Macron se observa en el eje franco-alemán, por ejemplo, ante las reuniones del G-20 en Hamburgo, que presentaron a un Estados Unidos aislado - tan solo próximo a un Reino Unido en una posición poco usual en ese foro a causa del *Brexit* -, especialmente en materia de cambio climático y gobernanza de la globalización. En vísperas de esa reunión la UE anunció un acuerdo de libre comercio con Japón, apenas esbozado, pero que lanzaba una

potente señal política frente a Estados Unidos. El Acuerdo Integral de Economía y Comercio con Canadá (CETA, por sus siglas en inglés) y la negociación UE-Mercosur se han presentado en términos semejantes, y, en relación con esta última, pareciera que existe una mayor disposición a hacer concesiones por ambas partes para lograr un acuerdo que sea meramente “amplio”, aunque no llegue al óptimo de liberalización de los exigentes estándares de la más ortodoxa dirección de comercio de la Comisión Europea. Sin embargo, no se cumplieron las expectativas de que esa negociación pudiera estar lista a finales de 2017, coincidiendo con las reuniones del G20 en Argentina, y en el momento de entregar este escrito persisten aún muchos obstáculos.

Lo que estas negociaciones ilustran es que las pretensiones europeas de impulsar o liderar estas coaliciones a favor del orden liberal y la globalización no pueden obviar los límites que imponen los actores y dinámicas políticas domésticas. Esa UE que pretende liderar un sistema internacional abierto es la misma que pretende relegitimarse ante la ciudadanía como Unión, en palabras del presidente de la Comisión Europea, “que protege, empodera y defiende” (Juncker, 2016) frente a amenazas externas, sean de seguridad, o del impacto de la globalización; que redefine su política exterior en nombre de un *per se* contradictorio “pragmatismo basado en principios”; que adopta un enfoque marcadamente securitario frente a las migraciones (Sanahuja, 2018), o que renueva y endurece sus instrumentos de defensa comercial frente a los países emergentes. Esa UE, tras el *Brexit*, depende de un liderazgo franco-alemán débil: en Alemania, la reedición de la *Große Koalition*, acordada en marzo de 2018, sitúa a Merkel en una posición más precaria, con Alternativa por Alemania y la Unión Socialcristiana (CSU, por sus siglas en alemán) bávara condicionando desde la derecha sus políticas, y una socialdemocracia escindida internamente desde la izquierda, a manera de “pinza” que puede suponer menos apertura en materia comercial o en la política de asilo y refugio. Pero es quizás el renovado liderazgo europeísta de Macron el que encarnaría de manera más directa esas contradicciones. Podría alegarse que la promesa de Macron a sus electores ha sido, de nuevo, que los tres elementos del “trilema de Rodrik” pueden alcanzarse; pero la imposibilidad de ese trilema vuelve a expresarse en sus reformas legales, que reducen derechos laborales en nombre de la competitividad; que limitan libertades, en nombre de la seguridad; en una política migratoria aún más restrictiva; o en la incapacidad de hacer concesiones en las negociaciones comerciales con terceros, como muestra la posición francesa, la más proteccionista, en las negociaciones UE-Mercosur.

Todo esto revelaría que la UE va a tener más difícil mantener sus valores e identidad como “potencia normativa” y su papel como pilar del internacionalismo liberal. Como ha señalado Mark Leonard, quedaría atrás la visión universalista de una UE cosmopolita con voluntad de transformar el mundo conforme a sus valores, dando paso a una UE basada en una nueva narrativa e identidad excepcionalista y defensiva -“una fortaleza kantiana en un mundo hobbesiano” (Leonard, 2017: 5) -, que reserva para sí sus logros sociales y políticos, y da prioridad a sus propios intereses y a la protección de su ciudadanía ante un mundo hostil y renuente a ser reformado.

## Reflexiones finales

Como se afirmó al inicio, la crisis de la globalización es una crisis de hegemonía y, por lo tanto, de legitimidad y de gobernanza eficaz, que se expresa tanto al interior de cada Estado como en el plano internacional. A través de cambios de gobierno o del desplazamiento a la derecha de los gobiernos existentes y de los partidos en los que se sustentan, se observa una clara reorientación de las políticas exteriores, de signo nacionalista, xenófobo y excluyente, menos cooperativa, con menor capacidad de afrontar los riesgos derivados de la globalización y que, además, plantea un escenario geopolítico más abierto, inestable y propenso al conflicto. El fracaso de las reuniones de G7 de mayo de 2017, torpedeadas en muchos aspectos por Estados Unidos, o los escasos resultados de las reuniones de la OMC en 2017 y del G20 en Argentina a finales de 2018 expresarían esa fractura y crisis hegemónica y los límites domésticos que enfrentan los gobiernos favorables a la globalización, para que ésta pueda afianzarse frente al desafío de Trump y de otras fuerzas iliberales. Estos cambios no significan necesariamente una crisis definitiva para la globalización y la ideología globalista que la ha impulsado. En realidad, la extrema derecha se engaña a sí misma y a sus electores negando la globalización, o afirmando que desligarse de ella y jugar con las interdependencias que ha generado no supone costes, como anunciaba el propio Trump afirmando en un tuit que “las guerras comerciales son buenas y además fáciles de ganar”.

Tras cuatro décadas de integración económica a escala global, la transnacionalización económica está muy afianzada y se va a mantener, aunque adopte nuevas formas con la revolución digital. De hecho, los cambios en la tecnología y en el ámbito productivo, unidos a sus límites sociales y políticos, parecen abrir una nueva etapa más fragmentaria e

incierto de crisis de globalización o de “posglobalización”. Es ilusorio y peligroso ignorar las interdependencias de coste recíproco y los riesgos y problemas globales que supone todo ello, como por ejemplo los que plantea el deterioro ambiental de la era del Antropoceno. Estas realidades exigen coordinación de políticas, cooperación multilateral y reglas e instituciones legítimas y eficaces. En ese escenario, el ascenso de las fuerzas de extrema derecha comporta una clara erosión del entramado de normas e instituciones, presentes y futuras, necesarias para la gobernanza del sistema internacional, y, sobre todo, conspira contra cualquier proyecto cosmopolita de expansión de derechos y de reconocimiento de la diversidad - como, por ejemplo, la Agenda 2030 de desarrollo sostenible y los acuerdos sobre el cambio climático -, contra la necesaria reconstrucción del contrato social, y la formulación de una nueva narrativa de progreso humano para el siglo XXI.

## Referencias bibliográficas

- Abeles, M., y Valdecantos, S., *Vulnerabilidad externa en América Latina y el Caribe. Un análisis estructural*, Buenos Aires: CEPAL, Serie análisis y perspectivas n° 47, 2016.
- Acemoglu, D. y Restrepo, P., “Robots and Jobs: Evidence from US Labor Markets”. NBER Working Paper n° 23285, 2017.
- Arntz, M., Gregory, T., y Zierahn, U. , “The Risk of Automation for Jobs in OECD Countries”. París: *OECD Social, Employment and Migration Working Papers*, n° 189, 2016.
- Bartoszewicz, M. G. , “*Festung Europa*: securitization of migration and radicalization of European Societies”, *Acta Universitatis Carolinae. Studia Territorialia* 2, 2016, pp. 11-37.
- Bhattacharya, A., Bürkner, H. y Bijapurkar, A., “What you need to know about globalization’s radical new phase”, *BCG Perspectives*, Boston Consulting Group, julio 2016.
- Carbajosa, A., “Merkel: ‘Los europeos tenemos que tomar el destino en nuestras manos’”, en *El País*, 29 de mayo de 2017.
- Casa Blanca, *National Security Strategy 2017*, Washington: The White House, noviembre 2017.
- CEPAL, *Panorama de la inserción internacional de las economías de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile: CEPAL, S.16-00896, 2016.

- Comisión Europea, *Documento de reflexión sobre el encauzamiento de la globalización*, Bruselas: Comisión Europea, 10 de mayo de 2017.
- Consejo de la Unión Europea, “Joint statement on the adoption of the new European Consensus on Development”, Bruselas: Council of the EU, Press Release 339/17, 7 de junio de 2017.
- Cox, R., “Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory”, *Millennium: Journal of International Studies*, vol. 10, n° 2, 1981, pp. 126-155.
- De Coning, C., “The BRICS: the last line of defence for globalization?”, *Rising Powers Quarterly* vol. 2, n° 4, 2017, pp. 83-93.
- Departamento de Defensa, *Nuclear Posture Review 2018*, Washington: Department of Defense 2018.
- Garcés, M., *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama, 2017.
- Gill, S., “Globalisation, Market Civilization and Disciplinary Neoliberalism”. *Millennium: Journal of International Studies* vol. 24, n° 3, 1995, pp. 399-423.
- Greenberg, E., Hirt, M. y Smit, S., “The global forces inspiring a new narrative of progress”, en *McKinsey Quarterly*, abril de 2017.
- Greven, T., “The rise of Right-Wing Populism in Europe and the United States. A comparative Perspective”, en *Perspective*, Friedrich Ebert Stiftung, mayo 2016.
- Ikenberry, J., “The End of the Liberal International Order”, *International Affairs* vol. 24, n° 1, 2018, pp. 7-23.
- Inglehart, R.F. y Norris, P., “Trump, Brexit and the rise of Populism. Economic Have-nots and Cultural Backlash”, en *Harvard Kennedy School Faculty Research Working Papers* RWP 16-026, agosto de 2016.
- Jayasuriya, K., “The Strange Death of the International Liberal Order”, *Economic and Political Weekly*, vol. XLV, n° 23, junio de 2010, pp. 75-85.
- Juncker, J. C., *Towards a better Europe, a Europe that protects, empowers and defends. State of the Union speech*, Estrasburgo: Parlamento Europeo, 14 de noviembre de 2016.
- Krugman, P., *The Conscience of a Liberal*, Nueva York: W. W. Norton, 2007.
- Kupchan, C., *No One’s World. The West, the Rising Rest, and the Coming Global Turn*. Oxford: Oxford University Press, 2012.
- Lakner, C. y Milanovic, B., “Global Income Distribution: From the Fall of the Berlin Wall to the Great Recession”, en *The World Bank Economic Review* vol. 30, n° 2, 2016, pp. 203-232.

- Leonard, M., “LEurope qui protège. Conceiving the next European Union”, en *ECFR Essays*, agosto de 2017.
- Milanovic, B., “Global Income Inequality by the Numbers: In history and Now: an Overview”, Banco Mundial, *Policy Research Working Paper* n° 6259, 2012.
- Milanovic, B., *Global inequality: A New approach for the Age of Globalization*, Cambridge: Harvard University Press, 2016.
- Münchau, W., “The elite’s Marie Antoinette momento. Right response is to focus on financial sector and inequality”, en *Financial Times*, 27 de noviembre de 2016.
- Naím, M., *El fin del poder*. Barcelona: Debate, 2013.
- Nolte, D., “Trade: the undervalued driver of integration in Latin America”, en *Giga Focus* n° 5, septiembre de 2017.
- OCDE, *Divided We Stand. Why Inequality Keeps Rising*. París: OECD, 2011.
- OCDE, *In It Together: Why Less Inequality Benefits All*. París: OECD, 2015.
- OCDE, *Making Trade Work for All*. París. OCDE, 2017.
- Oficina del Representante Comercial de Estados Unidos, *2017 Trade Policy Agenda and 2016 Annual Report of the President of the United States on the Trade Agreements Program*, Washington: marzo 2017a.
- Oficina del Representante Comercial de Estados Unidos, *Summary of Objectives for the NAFTA Renegotiation*, Washington: USTR, 17 de julio de 2017b.
- Organización Mundial de Comercio, *G20 Report on Trade Measures (Mid October 2015 to Mid-May 2016)*. Ginebra: OMC, 2016a.
- Organización Mundial de Comercio, *G20 Report on Trade Measures (Mid-May to Mid-November 2016)*, Ginebra: OMC, 2016b.
- Palit, A., “Can the Trans-Pacific Partnership survive after Trump?”, en *The Conversation*, 26 de enero de 2017.
- Pelfini, A., “Trump y la ilusión de la desglobalización”, en García Delgado, D. y Gradín (eds.) *El neoliberalismo tardío. Teoría y praxis*, Buenos Aires: CLACSO/FLACSO, 2017, pp. 59-64.
- Peña, F., “Fragmentación en las negociaciones comerciales. Los mega-acuerdos interregionales y su potencial impacto en la gobernanza global”. *Carta mensual*, marzo 2014. Disponible en <http://www.felixpena.com.ar>

- Pew Global Research Center, *Emerging and developing countries much more optimistic than rich countries about the future*, Washington, octubre de 2014.
- Rodrik, D., *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*. Barcelona: Antoni Bosch, 2011.
- Sanahuja, J.A., “Narrativas del multilateralismo: «efecto Rashomon» y cambio de poder”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 101, abril de 2013, pp. 27-54.
- Sanahuja, J. A., “Los desafíos de la Teoría Crítica de las Relaciones Internacionales”, en Arenal, C. y Sanahuja, J. A. (coords.), *Teorías de las Relaciones Internacionales*. Madrid, Tecnos, 2015, pp. 157-188.
- Sanahuja, J. A., “Regionalismo e integración en América Latina: de la fractura Atlántico-Pacífico a los retos de una globalización en crisis”, en *Pensamiento Propio* nº 44, año 21, julio-diciembre. Monográfico “De la bonanza a la crisis de la globalización”, 2016, pp. 29-74.
- Sanahuja, J. A., “Posglobalización y ascenso de la extrema derecha: crisis de hegemonía y riesgos sistémicos”, en Mesa, M. (coord.), *Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras. Anuario 2016-17*. Madrid: CEIPAZ, 2017, pp. 35-71.
- Sanahuja, J. A., “La Estrategia Global y de Seguridad de la Unión Europea: narrativas securitarias, legitimidad e identidad de un actor en crisis”, en *ICEI Working Papers* DT 01/18, enero 2018.
- Serbin, A., “Las relaciones transatlánticas y el nuevo regionalismo latinoamericano en un entorno global en transformación”, en Mesa, M. (ed.) *Focos de tensión, cambio geopolítico y agenda global. Anuario 2014-15*. Madrid: CEIPAZ, 2014, pp. 183-217.
- Serbin, A. “Un triángulo escaleno? América Latina y el Caribe, China y los Estados Unidos y las narrativas del nuevo ciclo”, en Serbin, A.; Martínez, L.; Ramanzini Junior, H. y Serbin Pont, A. (Coords.) *América Latina y el Caribe frente a la encrucijada actual de la globalización. Anuario de la integración regional de América Latina y el Caribe*, nº 13, 2017, pp. 31-58.
- Studemann, Frederick “Thinking the unthinkable on Germany going nuclear”, en *Financial Times*, 6 de febrero 2017.
- Taleb, N. N., *The Black Swan. The Impact of the Highly Improbable*. Nueva York: Penguin (2ª edición), 2010.

The Economist, “Drawbridges up. The new divide in rich countries is not between left and right but between open and closed”, 30 de julio de 2016.

The Economist, “The retreat of the global company”, 28 de enero de 2017.

The Economist Intelligence Unit, *Building Bridges. Latin America's new trade agenda*. Londres: EIU, 2017.

Unión Europea, *Una visión común, una actuación conjunta: una Europa más fuerte. Estrategia global para la política exterior y de seguridad de la Unión Europea*, Bruselas: Servicio Europeo de Acción Exterior (SEAE), junio de 2016.

Van Wyk, J., “The politics of anger in a angry world”, *Mail & Guardian*, 2-8 de junio, 2017, p. 19.

Vigevani, T. y Magnotta, F., “Os actores externos: Agendas e estratégias dos Estados Unidos para a América Latina”, en *Pensamiento Propio* n° 44, diciembre 2016, pp. 179-216.

Wiener, A., *A Theory of Contestation*, Berlín: Springer, 2014.

Wiener, A., “A Theory of Contestation – A Concise Summary of its Arguments and Concepts”, *Polity* vol. 49, n° 1, 2017, pp. 109-125.

World Economic Forum, *The Future of Jobs. Employment, Skills and Workforce Strategy for the Fourth Industrial Revolution*. Davos: WEF, 2016.